

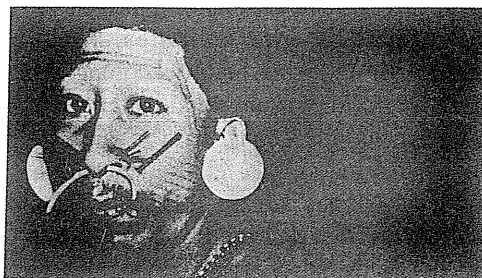
ETNOCIDIO. UNA RESEÑA DE LOS PROCESOS DE DESTRUCCIÓN SOCIOCULTURAL DE LAS SOCIEDADES INDÍGENAS DE LA AMAZONIA COLOMBIANA¹

Augusto J. Gómez L.²

Según el estudio elaborado por la *Comisión Amazónica de Desarrollo y Medio Ambiente*, en lo que va transcurrido del siglo XX, "90 tribus enteras han dejado de existir"³ en el conjunto de la región amazónica... de los seis a nueve millones de indígenas que habitaban la AMAZONIA secular, sólo quedan hoy algunos grupos exiguos y dispersos.

Esta catástrofe demográfica indígena tiene explicación en virtud de los sistemas coercitivos que históricamente han acompañado los auges y episodios económicos extractivos en la región, especialmente los de la quina, el caucho, el oro, las pieles, el petróleo, las maderas y los de otras materias primas, lo mismo que por las extensas redes de tráfico de esclavos indígenas, ya existentes desde el siglo XVIII, y que continuaron vigentes hasta la segunda década del presente siglo. De igual manera, la acción evangelizadora y civilizadora de los misioneros produjo resultados desastrosos...

Desde finales del siglo XVIII, los Franciscanos reunían grupos de indígenas "dispersos", haciendo uso de la persuasión o de la fuerza, y conformaban pequeños poblados en donde les enseñaban los rudimentos de la religión católica y a vivir de acuerdo con los patrones culturales europeos en cuanto a vivienda, vestido y organización social y política. Sin embargo, frente a los grupos nativos reacios, o para reprimir el descontento, los misioneros hacían uso de



- 1 Ponencia presentada en el Simposio de médicos, medicina y violencia. Ministerio de Defensa Nacional, Universidad Militar Nueva Granada, Facultad de Medicina, Sociedad Colombiana de Historia de la Medicina. Septiembre 22 de 1995. Trabajo desarrollado a partir del Proyecto de investigación: "Amazonia colombiana: Enfermedades y epidemias. Un diagnóstico médico, histórico y sociocultural. 1680-1934". Colciencias-Pontificia Universidad Javeriana.
- 2 Profesor-investigador. Departamento de Historia. Pontificia Universidad Javeriana.
- 3 Domínguez, Camilo; Gómez, Augusto; Barona, Guido. *Comisión Corográfica. Viaje de la Comisión Corográfica por el río Caquetá. 1957.* COAMA-Unión Europea, Fondo F.E.N. (Inédito).



piquetes de soldados o “escoltas” que impedían el abandono de los pueblos y que infundían también temor entre los indios.

Sin duda una de las razones más comunes para que esas poblaciones de indígenas desaparecieran tan fácil y frecuentemente, fueron las enfermedades. Más aún, varios levantamientos y abandonos violentos se debieron realmente al desespero de los indígenas que se veían forzados a permanecer en pueblos de misiones donde la gripe, la viruela, la tuberculosis y el hambre eran endémicas. La experiencia milenaria de estos grupos nativos les hacía temer las aglomeraciones como fuente de enfermedades. Huir e internarse en la selva, lejos del contagio era la mayor profilaxis que se podía tener y así lo hacían los indígenas. Para los misioneros, sin embargo, que eran relativamente inmunes a varias de esas enfermedades, tales huidas eran delitos execrables y argucias del demonio que trataban de impedir a toda costa, pagando muchas veces con su vida tal incompreensión. El etnocentrismo del misionero, acostumbrado a las aglomeraciones urbanas y al manso fatalismo con el cual se morían los siervos europeos du-

rante las pestes, no le permitían entender esas actitudes que interpretaban como una sublevación contra Dios y contra el Rey⁴. Más tarde, desde los inicios del siglo XX, los Capuchinos repitieron la historia, látigo y cepo de por medio.

La penetración al territorio amazónico colombiano de empresarios y de trabajadores del interior del país fue más frecuente desde la década de 1870, cuando la exportación de quinas todavía era un negocio próspero. Esa circunstancia, significó para muchos de los grupos nativos del Putumayo su desaparición total. Rafael Reyes, que había ingresado por la época para establecer la navegación a vapor por el río Putumayo, como ruta de exportación de las quinas de su empresa, describe las fatales consecuencias de los primeros contactos con los indios. Reyes se refiere a los indios de Cosacanty, “una tribu de unos quinientos indios hermosos y robustos”, con quienes había entrado en contacto en su primer viaje en el vapor Tundama y con quienes contrató las provisiones de leña para sus futuros viajes:

Quando estuvimos a distancia de unos cien metros de las chozas, percibí un olor insopor-

4 Domínguez, Camilo & Augusto Gómez. *Nación y Etnias. Conflictos Territoriales en la Amazonia 1750-1933*. Disloque Editores, COAMA. 1994.

table de putrefacción y presentí que algo espantoso había pasado a aquella tribu. Avancé teniendo que taparme las narices. Cuando llegué a la cima de la colina, el nauseabundo olor era tan fuerte que no permitía respirar. De las chozas o casas no se veía signo de vida. Con los dos marineros nos precipitamos rápidamente a la casa del jefe Otuchaba, cuya puerta de bambú estaba entreabierta. La empujé y el cuadro que se presentó a mi vista fue tan horroroso que aún hoy, después de tantos años, al describirlo me horripila. Yacían tendidos por el suelo más de treinta cadáveres de ancianos, de hombres, de mujeres y de niños, en completa descomposición. Algunos conservaban aún los ojos que despedían llamas de dolor y de sufrimiento. En una hamaca de paja se veía a una joven india que parecía un esqueleto y sobre su pecho descarnado tenía un hijo de meses de edad. Respiraba todavía. Ordené a los marineros que tomaran la hamaca de un lado y yo del otro y corrimos fuera de esta casa, llevando en nuestros hombros los dos únicos seres sobrevivientes y sin penetrar en las otras casas en donde se repetía la misma escena dantesca, llegamos al vapor y aban-

donamos aquel lugar de horror. La india a quien logramos salvar nos informó que poco después de nuestro paso por Cosacunty, había sido atacada la tribu por una especie de tisis galopante, que he observado que el hombre civilizado lleva a los salvajes del Amazonas, quienes le tienen tal horror que cuando oyen estornudar a un blanco, huyen despavoridos. Para evitar un contagio y una epidemia, hubo necesidad de quemar las casas y los cadáveres que en ellas había. La india me refirió que el mayor tormento que había tenido había sido la sed y el hambre porque quedaron tan débiles que no tenían fuerzas para arrastrarse hasta las orillas del río, ni para procurarse ni preparar alimentos. De esta tribu de los hospitalarios y queridos Cosacuntys no se salvó sino la mujer y el hijo que encontramos moribundos. Es así como sufren miserias y como desaparecen los salvajes de la región amazónica⁵.

El exterminio físico de los grupos indígenas amazónicos fue también el resultado de sistemas coercitivos fundamentados en el racismo, en el desprecio, y en una tecno-



logía del terror y de la muerte deliberadamente desarrollada por los blancos, por los empresarios, que afectó los fundamentos biológicos de las comunidades indígenas, como resultado de la destrucción de sus estructuras familiares, de sus sistemas de creencias, lo mismo que por la persecución y asesinato sistemático de sus caciques, de los ancianos, de sus líderes y guías espirituales.

Precisamente, en el *Reportaje sobre el Putumayo* que Sir Roger Casement, Cónsul británico en Río de Janeiro, entregó en Lon-

dor y haber exhortado al indígena a huir o a resistir antes que consentir en servir en el trabajo del caucho para los recién llegados, habían determinado su sentencia de muerte. No conocí ningún hombre o mujer indígena anciano, y pocos habían pasado la edad madura.

Los hombres de Barbados me dijeron que, cuando por primera vez llegaron a esta región a principios de 1905, todavía podían encontrarse personas ancianas, vigorosas y altamente respetadas, pero hasta donde pude averiguar, todas habían desaparecido antes de



dres en 1911, después de visitar los campamentos caucheros del Putumayo, el diplomático subrayó:

La gente más vieja, tanto hombres como mujeres, respetados por su carácter y por su habilidad para aconsejar sabiamente, fueron considerados desde el principio [de las caucherías] como gente peligrosa, y en las primeras etapas de la ocupación [cauchera] fueron condenados a morir. Su crimen era el de "dar un mal consejo".

El haber prevenido a los crédulos o a los menos experimentados en contra del blanco esclaviza-

mi llegada. En Entre Ríos supe de un jefe indio llamado Chingamui, quien [...] en 1903 había ejercido una gran influencia sobre todos los Huitotos de ese distrito. Este hombre había caído en manos de un [cauchero] colombiano llamado Calderón, quien dirigía el vecino distrito de Atenas, pero antes de morir disparó e hirió a su asesino. De igual manera supe de una "mujer anciana" que fue decapitada en la estación del Sur por orden de su jefe y cuyo crimen había sido el de dar "un mal consejo". En presencia de mi informante, su cabeza fue levantada por el cabello como un aviso, para los indígenas reunidos, de la suerte que tendrían si no obedecían al hombre blanco⁶.

6 Casement, Roger. "Reportaje sobre el Putumayo". *Caucherías y Conflicto Colombo-Peruano 1904-1934*, Santafé de

De la misma manera, el Cacique o Capitán de los Boras, llamado Katenere, uno de los oponentes más resueltos contra la dominación blanca durante las caucherías, fue capturado junto con su esposa y otros de su gente y encarcelado en los cepos del campamento cauchero de Abisinia para someterlo a “un proceso de domesticación”. Estando prisionero, su esposa fue violada públicamente ante sus ojos por uno de los más altos agentes de la empresa cauchera conocida en la región comúnmente como “Casa Arana”. Después de escapar con su esposa del cautiverio, Katenere emprendió la guerra armada contra los blancos y en mayo de 1909 “encontró al hombre blanco que lo había llenado de amargura” a quien mató de un tiro en la cabeza. Nuevamente capturada su esposa, ésta fue utilizada de anzuelo, pues sus captores sabían que Katenere regresaría a buscarla, como efectivamente sucedió a mediados de 1910, episodio donde murió asesinado.

Casement expresa también que

una y otra vez se recurría a la inanición deliberada, pero ya no solamente con deseos de asustar sino con la intención de matar. A hombres y mujeres se les encerraba en los cepos hasta que morían de hambre”. Estas muertes por inanición, como me fueron relatadas por hombres que las presenciaron y que estaban conscientes de la gravedad del asunto, no se debían a la negligencia casual sino respondían a algo planeado de antemano. No se les daba ningún alimento a los indígenas y nadie podía hacerlo excepto el jefe de la sección. Un hombre declaró que había visto en los cepos a indígenas casi muertos de hambre que “escarbaban el mugre con sus dedos y se lo comían”; otro declaró que había visto en los cepos a indígenas previamente flagelados y tan extremadamente hambrientos que “se comían los gusanos de sus heridas”⁷.

Durante el periodo cauchero, las formas de sanción y de castigo más usuales que sufrieron los indígenas del Caquetá y del Putumayo, fueron: la aplicación del látigo; el aprisionamiento en cepos; el encadenamiento en lugares visibles; el semiahogamiento de víctimas frente a sus parientes; la violación de mujeres en presencia de sus cónyuges y de sus hijos; la mutilación de partes del cuerpo (dedos, manos, orejas, etc.); la exposición de víctimas desnudas, atadas y colgadas de las manos; el lanzamiento a las corrientes de caños y ríos de



Bogotá, Disloque Editores, 1995. Pág. 185-186.

7 Casement, Roger. “Reportaje sobre el Putumayo”, 1995 pág. 173.”

indígenas atados de pies y manos; la aplicación de sal en las heridas; la incineración con kerosene de indígenas vivos y el fusilamiento.

Estas sanciones fueron aplicadas indiscriminadamente en los cuerpos de hombres, mujeres y niños. Los castigos impuestos a ancianos y caciques o capitanes, importantes éstos dentro de la organización política y religiosa tradicional de las sociedades indígenas amazónicas, como ya se expresó, se realizaron también en escenarios públicos y en ocasiones las formas de castigo aplicadas a este tipo de víctimas fueron más tortuosas y dramáticas, configurándose así en acciones que buscaban ser más ejemplarizantes dentro del ambiente de miedo y de terror reinantes.

Estas formas atroces y públicas de castigo y de muerte, fueron procedimientos mediante los cuales se configuró una pedagogía del miedo, una pedagogía en la que el terror fue el soporte del ejemplo. El espanto, el pavor físico, eran imágenes que debían grabarse colectivamente, como fórmula de control y de sometimiento. El carácter ejemplarizante de estas prácticas etnocidas y genocidas estuvo asociado con las imágenes negativas que deliberadamente se difundieron acerca de la "naturaleza" de las sociedades nativas amazónicas, es decir, su condición de "salvajes", "irracionales", "canibales", etc. imágenes que sirvieron de soporte ideológico a la "guerra justa" que se emprendió contra los indios.

Durante la época cauchera, Los indios fueron obligados a abandonar sus malocas, sus cultivos, sus parientes y fueron confinados en los campamentos caucheros donde se les mantuvo cautivos, al servicio de los blancos. En estas condiciones, humillados, deprimidos y esclavizados, con sus hijos retenidos y sus mujeres prostituidas, los grupos indígenas entraron en una

profunda decadencia, y, sin motivaciones para vivir, fueron presa de la disolución del aislamiento del alcoholismo y de la melancolía.

En este contexto, las enfermedades y las epidemias fueron la consecuencia obvia y no la causa original de la extinción de un gran número de etnias sometidas durante las caucherías. Por eso el dramático despoblamiento del Putumayo y del Caquetá, descrito por Alfredo White, en 1923, cuando el negocio del caucho ya estaba en quiebra, fue el resultado final del destierro, del derrumbe estructural de los vínculos tradicionales comunitarios, del desarraigo espiritual, es decir de la pérdida de sus culturas.

El autor del informe en referencia, expresaba por entonces que los colombianos continúan emigrando al Ecuador y que los indios están huyendo de las enfermedades de lugares infectos, como Puerto Asís, y otros migrando al vecino país:

Los pueblos de indios de San José y San Diego en el Putumayo ya no existen; el del Guineo en Umbria ya toca a su fin, el de San Miguel, en el río del mismo nombre, se ha desbandado al Ecuador; los indios de San Antonio en el Putumayo huyen por las selvas para evitar las pestes; Yocorocué y Montepa extinguidos, los pocos que quedaron se internaron en el río Cencella; los indios de Limón perecen de disentería; los habitantes de Quinoró y Curiplaya en el Caquetá, inutilizados por las bubas y en la más espantosa miseria, sin medios y sin trabajo. Otros lugares y colonias que no alcancé a poner en el plano, no vale la pena ni de enunciarlos. Alvernia no existe ya; Yunguillo y Condagua, pueblos de indios en el alto Caquetá, presas de la anemia tropical y del hambre". El mismo autor señala que "los que hemos conocido estos ríos, poblados por valientes y sufridos caucheros hace doce años y por comerciantes, nos pasamos de la transformación sufrida en tan corto lapso de tiempo"⁸.

8 White, Alfredo. "Bosquejo de la Situación de la Población de los dos ríos más importantes (Putumayo y Caquetá) de la Comisaría. A.G.N. Sección República Fondo Min. Gobierno. Sección I. Tomo 891 Folios 433 bis-438, 1923.

Después de las caucherías y del Conflicto Colombo-Peruano, creció la colonización del piedemonte amazónico colombiano sobre los territorios tradicionales indígenas, ya despojados. Individuos y familias, también perseguidos, por sus ideas políticas o simplemente despojados de sus tierras y acosados por la miseria, fueron descendiendo de los Andes y sobre la base de la agricultura y la ganadería, animaron la vida regional y fomentaron las nuevas poblaciones como Florencia, San Vicente, Puerto Rico, Guacamayas, Tres Esquinas, etc. surgiendo nuevos conflictos sociales aún no resueltos.

Entre tanto, allí en el oriente, en los ríñones de la selva, quedan los últimos refugios de los reductos indígenas sobrevivientes, donde hoy los procesos económicos extractivos y de colonización continúan, siguiendo el curso de caños y de ríos... la nueva "fiebre del oro", la fiebre del "oro blanco" (la coca), lo mismo que el auge de las exploraciones en busca del "oro negro" (petróleo), amenazan con destruir esos últimos reductos nativos, en cuyos territorios se libran hoy guerras que comprometen a la guerrilla, a las Fuerzas Armadas, a grupos paramilitares y a organizaciones, también armadas, dedicadas al narcotráfico y al tráfico de armas.

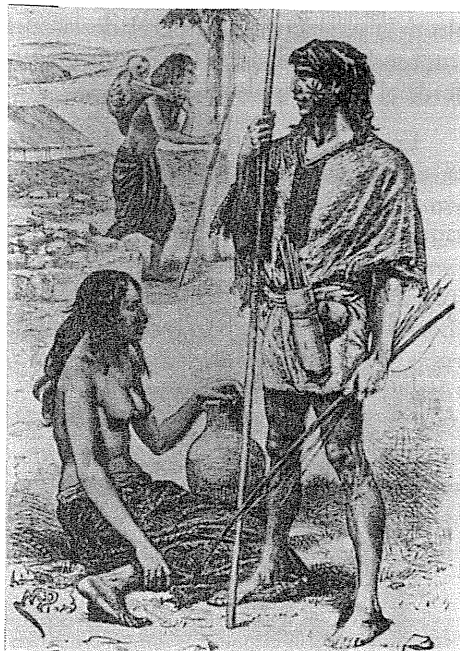
Por eso, quizá, tienen razón esos indígenas "salvajes" del Vaupés, los Tukano, cuando llaman al blanco, al civilizado, "*Peka Masa ye*", "la gente que quema", "la gente que hace arder", es decir, "la gente que hace la guerra".

Los procesos de destrucción de los grupos indígenas de otras regiones del país han sido igualmente deliberados y violentos. A veces preferimos recordar las crueldades cometidas contra los nativos americanos en las épocas de la "Conquista" y de la "Colonia". Pero, incluso, es posible sostener que durante el período republicano la población indígena sobreviviente ha sido objeto de una destrucción más sistemática, si se acepta la tesis que durante este último período la actitud ha sido la de exterminarlos, y sólo excepcionalmente la de integrarlos. El ejem-

plo más patético es, quizá, el de la guerra emprendida contra los Guahibos y Cuivas desde el siglo pasado:

En los Llanos, en el fundo de La Rubiera, en un sitio fronterizo entre Colombia y Venezuela, el 26 de diciembre de 1967, unos vaqueros de la región invitaron a un grupo de





indígenas Cuiva a comer carne, y cuando éstos estaban comiendo, los vaqueros los atacaron con garrotes, con cuchillos y armas de fuego. En ese episodio, fueron asesinados 16 Cuivas. Dos indígenas sobrevivieron y por ellos se supo de la muerte de sus parientes. Cuando las autoridades de Colombia y de Venezuela iniciaron la investigación, todos los procesados, sin acuerdo previo y sin haber sido preparados por nadie, confesaron espontánea y naturalmente su participación, pero con la afirmación categórica de que “no sabían que matar indios fuera malo”.

Efectivamente, la cacería y asesinato de indios en la región se había iniciado ya en la década de 1870, cuando el colono Pedro del Carmen Gutiérrez, en asocio con otros, invitó a su fundo a comer, a nombre de la amistad, a 250 indígenas Cuivas, de los cuales dieron muerte en el almuerzo a 243 de los invitados.

Estos episodios fueron cada vez más frecuentes y continuaron durante el siglo XX, como el mismo Cónsul de Colombia en ciu-

dad Bolívar, Venezuela, pusiera en conocimiento de las autoridades de Colombia en el año de 1913:

Una batida de indios en los llanos del Meta se organiza con la misma tranquilidad y desenfado como si fuese una batida de báquiros. Marcha la banda de cazadores de hombres al morichal o bosque donde saben por el humo de sus fogones o por cualquier otro aviso de que se halla acampada una tribu de Uajibos: y marchan a exterminarlos porque dizque les comieron una novilla o les mataron un toro.

Los civilizados, muchas veces capitaneados por el Comisario o sea la propia autoridad de la República donde se organiza la batida, caen de improviso sobre los indios y sin más explicaciones ni aclaratorias los acribillan a balazos, salvándose, a veces, solamente los más ágiles para la carrera y pereciendo el resto en manos de estos bárbaros criminales. A pura lanza rematan a las infelices mujeres y a los niños que no pudieron huir oportunamente. Y después de esta salvaje hecatombe regresan a sus hogares satisfechos de la excursión del día y de haber limpiado la sabana y con la impunidad asegurada de antemano por la indiferencia o la complicidad de los llamados a velar por la vida y la seguridad de nuestros indios desamparados⁹.

En las décadas de 1950 y 1960, estas cacerías de indios fueron más frecuentes con el aumento de la colonización de los llanos y en 1970, nuevos asesinatos de indios Guahibos se registraron en la región de San Rafael de Planas, donde caciques y capitanes indígenas fueron torturados y asesinados, con la participación del Ejército.

En los años más recientes, la persecución y asesinato de capitanes, caciques y líderes indígenas ha continuado, en el Cauca, en la Sierra Nevada, en el sur del Tolima, en Nariño, en Córdoba, en Caldas, etc.. No se trata de casos aislados, sino de la continuación de la guerra secular em-

9 Oficio, 1913; Mingobierno; Tomo 702; Folios: 237-238.

prendida contra los indios para despojarlos de sus tierras o para acallar su oposición frente a proyectos y obras que afectan sus territorios y, por supuesto, que amenazan su supervivencia. Aún se siguen cometiendo genocidios como el caso de la masacre en la hacienda El Nilo, en el Cauca. El panorama es mucho más complejo desde la década de 1980: la propagación de cultivos de coca y de amapola en zonas indígenas ha producido consecuencias fatales tanto para aquellas comunidades que se involucraron en el negocio, como para aquellas que no se han vinculado, como en el caso de los Kogui. En uno u otro caso, en esos territorios, además del glifosato, ha

surgido y actuado el sicariato, los paramilitares e, incluso, son áreas donde con frecuencia se producen enfrentamientos entre el Ejército y la guerrilla y los indígenas son obligados a tomar partido, con las consecuencias ya conocidas.

No hay duda, entonces, que el origen de muchas de las problemáticas indígenas de hoy tienen causas similares a las de los conflictos que agobian de manera más generalizada a la sociedad colombiana y que la suerte futura de los indígenas, como la del resto de los colombianos, depende de las decisiones políticas que se asuman para lograr una convivencia pacífica.

